

Guillermo Carnero, *La caza de amor o el amor sin caza en el huerto o la huerta de Melibea*, Salamanca, Publicaciones del SEMYR, 2017, 79 páginas.



En la cuantiosa floresta de estudios sobre la obra de Fernando de Rojas es difícil aportar novedades sustanciosas y tiene mérito que alguno ofrezca nuevas luces. Lo consigue Guillermo Carnero que, pareciendo limitarse a aclarar equívocos y corregir errores a propósito de la ubicación de la primera escena de la obra, no solo fija criterios para situar convenientemente aquel arranque —al menos, para descartar propuestas innecesarias— sino que, aun afirmando expresamente no pretenderlo, contribuye a aclarar la cuestión de la autoría y, lo que me parece más positivo, da lección de cómo hacer crítica rigurosa de textos por el simple y tantas veces olvidado método de que sea la correcta lectura del texto el único recurso empleado —sin que ello implique desdén a las iluminaciones proporcionadas por la erudición, que de ello hay amplia muestra en el libro que comento—.

El estudio de Carnero es, en esencia, la refutación del conocido escrito de Martín de Riquer, «Fernando de Rojas y el primer acto de *La Celestina*», aparecido en 1957. Refutación para la que inicialmente se apoya en otro artículo relevante de Patrizia Botta, «Las ¿dos? casas de Melibea». De ambos estudios acaba discrepando porque si las propuestas del filólogo catalán le provocaron «incomodidad y falta de convicción» (p. 9), la aportación de la filóloga italiana acabó pareciéndole «tan poco convincente» como el artículo de Riquer (p. 10).

No es mi intención recoger, ni siquiera en apretada síntesis, los planteamientos de los críticos nombrados aunque sí hace al caso recordar que para Riquer, el Rojas continuador de un primer acto debido a mano ajena obró algo así como «editor de un texto» con la preocupante particularidad de que en ocasiones no entendió el texto que editaba. Es afirmación tan sorprendente que conviene recordar cómo la formulaba literalmente Riquer: «Es posible que en algún momento [Rojas] haya podido no entender bien ese texto que editaba» (p. 10). (El prudente Carnero no hace sangre sobre esa apreciación tan sorprendente de que Rojas, continuador —para mí *supuesto* continuador— absolutamente próximo, en tiempo, léxico y cultura al texto que «edita», haya entendido lo leído en el acto I peor que quien lo lee cinco siglos después teniendo que superar barreras de tiempo, léxico y cultura. Este reseñista, más irreverente, nunca dejó de hacerse cruces ante tal dislate). En todo caso, según la hipótesis de Riquer, el Rojas *continuador* de escrito ajeno erró al entender que la primera escena de la obra transcurría en el huerto de la casa paterna de Melibea y, en peligrosa mutación de crítico a coautor, pasaba a sugerir que una iglesia era el marco apropiado y verosímil para el primer encuentro entre Melibea y Calixto.

Tampoco haré resumen amplio de las apreciaciones de Patrizia Botta, básicamente fundamentadas en que huerto y huerta, vocablos ambos utilizados en la obra, designarían realidades físicas distintas. Según ella, el

primer término nos debería hacer pensar en jardín urbano y cerrado, y en terreno abierto de cultivo agrícola el segundo.

Resulta de mayor interés y se ajusta más al género de reseña a que debo ceñirme recordar algunos de los lúcidos puntos de vista que va destilando Guillermo Carnero. Así, encuentro sugestiva y acertada su admonición al recordarnos que no debe pedirse «exhaustividad realista» a obras de aquel periodo y, por lo mismo, a *La Celestina*. Sensato y agudo se muestra igualmente el estudioso cuando señala como «no cierto que un halcón sólo pueda llevarse para cazar», remachando esa observación («Calixto puede tener más de uno») en distintos momentos (páginas 18 y 22, por ejemplo). Son muchos los textos coetáneos a Rojas que avalan esta consideración del reseñado, a los que se suma la meritoria reproducción de un buen número de cuadros, igualmente próximos al escrito de Rojas, que testimonian esa observación. Y aunque no necesite apoyos este aserto de Carnero, baste apuntar que parece verosímil que pueda poseer al menos una pareja de aves de caza quien, caracterizado por una holgada economía que le permite vivir sin empeño laboral alguno, dispone de pareja de criados para sustituir a los titulares cuando estos resultan degollados.

Tira de muy oportuno sentido común nuestro autor cuando sostiene la ‘inocencia’, real o ficticia, de la primera entrada en el huerto (o huerta) por parte de un Calixto que ha perdido el halcón con el que cazaba o con el que paseaba presumiendo de ave tan preciada. Es conducta, apunto, semejante a lo que hoy ejecutaría quien entrara en propiedad ajena buscando recuperar un perro descarriado o díscolo. Y el lector asiente con gusto a la observación con que Carnero quita relevancia a las palabras de cariz religioso proferidas por el excitado Calixto cuando celebra el privilegio de estar en presencia de Melibea (palabras que permitían a Riquer robustecer su hipótesis de que estamos ante encuentro celebrado en una iglesia): «Las referencias religiosas cuadran a cualquier cristiano que en cualquier lugar quiera ponderar sus sentimientos y muy especialmente a la hipérbole amorosa de la época» (p. 21). La suma de sus apostillas a las aventuradas, que no venturosas, afirmaciones de Riquer permite a Carnero sentenciar: «No puede aceptarse la tesis de Riquer de que Rojas no entendiese dónde ocurría el acto I» (p. 25).

Si tras las reflexiones de Carnero es difícil dar crédito a las críticas y sugerencias del filólogo catalán —en mi caso llueve sobre mojado—, similar suerte corre la tesis de Patrizia Botta cuando, apoyándose en las ilustraciones con que adornaron el texto los primeros editores, propone entender que la primera escena tiene lugar en una huerta (lugar abierto y rural) y la continuación en huerto (jardín urbano). Son abundantes los textos contemporáneos a Rojas, literarios o puramente documentales, que aduce Carnero para desdibujar los perfiles que supuestamente individualizarían a los términos *huerto* y *huerta*; para, en positivo,

confirmar que huerta pudo funcionar y funcionó en tantos textos que aduce como sinónimo de vergel o jardín. Tras los muchos testimonios demostrativos del uso indiferente de ambos términos, nada impide a Guillermo Carnero formular afirmación tan tajante como esta: «No hay duda de que huerto y huerta pueden usarse como sinónimos o análogos y como equivalentes a jardín urbano anexo a vivienda» (p. 43). Queda así desmontada toda hipótesis sobre la ubicación de la primera escena de la obra que se base en la denominación de huerta referida a aquel lugar.

Pensando en otra afirmación, clave también para identificar acertadamente el lugar en que tiene lugar el inicio de *La Celestina*, he de resaltar las aportaciones, tanto icónicas como literarias, con que Guillermo Carnero nos ilustra sobre el hecho de que el halcón podía funcionar en aquellas sociedades como signo exhibicionista de alto nivel social y no exclusivamente como recurso necesariamente vinculado a la caza. Y subrayo, porque me parece aportación de particular relieve, el paralelismo que establece el estudioso entre el Calixto que entra al huerto (o huerta, que lo mismo da) con la excusa, casual o intencionadamente provocada, de recuperar su halcón, y lo leído en *Flores y Blancaflor*, cuando en este relato alega el primero que ha osado llegar hasta la zona privada y protegida donde está su amada «por ver si podría hallar mi halcón» (p. 59).

Como indiqué en el arranque de estas líneas, el estudio de Carnero parece ceñir su alcance a la comprobación de que «la [primera] escena queda situada en un limbo genérico que no exige ni excluye nada» (p. 17). Por mi parte, defensor como soy de una autoría única por parte de Rojas para toda la obra, barro para mi casa entendiendo que, al debilitar el estudio las críticas hechas por Riquer a Rojas como supuesto continuador, se debilita otro de los apoyos en que se sustenta la tesis de la doble autoría. Subrayo, eso sí, que esta es observación de mi personal cosecha y ajena a los planteamientos de Guillermo Carnero. Espero que no excluida.

Lo que él ha hecho es limitarse —léase el verbo en positivo— a la consideración de unos aspectos muy concretos, y aparentemente de no gran relieve y, al hacerlo, nos da una lección de lectura personal que debería ser la obligada a todo filólogo, aquella que no se resigna a la repetición acrítica de lo establecido por quienes nos han precedido en nuestros estudios, aunque se trate de pluma tan autorizada como la de Martín de Riquer o tan experta en el texto celestinesco como es la de Patrizia Botta.

Como observación de no menos importancia, anoto que a la solidez e importancia de la crítica ofrecida por Carnero se une la magnífica escritura de quien, al margen de su condición de crítico solvente, es perfecta encarnación de uno de esos casos en que la exigencia practicada en el cultivo de la poesía moldea la calidad de su prosa. Y este recuerdo del Carnero poeta invita, por cierto, al elogio de los hermosos versos con que, en el *Colofón*, dialoga el crítico con el lector. Elogio que extendiendo a

lo acertado del título. Confieso debilidad por las demostraciones de ingenio, aun procurando no caer en el error de confundir el brillo del ingenio con la calidad de los contenidos. Y el libro escrito por Guillermo Carnero destaca ya por el ingenio de su título sin que su contenido desmerezca.

¿Y ninguna objeción por mi parte? Una, mínima, referida a observación que propone sobre un aspecto poco significativo dentro de los contenidos que desarrolla. En efecto, a su pregunta: «¿Dónde se dice, o por qué sería necesario, que Calisto haya saltado ninguna tapia en la primera escena» (p. 19), cabría apuntar que la contestación está en los labios de la Melibea que en el acto IV, durante su inteligente diálogo con Celestina, tilda al enamorado de «saltaparedes». Quien así le insulta, le habría visto entrar a su huerta (o huerto) escalando la tapia, a no ser que le estuviera endosando un insulto genérico que, en uso de muy cruel ironía trágica, anticipa el torpe error que finalmente provocará la muerte del conquistador.

Y una segunda objeción, esta de tipo metodológico. ¿Por qué relegar al subtexto de las notas unos contenidos que tienen importancia en el total de lo expuesto por el estudioso? En la muy extensa nota 1, por ejemplo, se da amplia información de puntos de vista propios y ajenos, realmente valiosos y que aportan información sustancial al contenido del estudio. En este caso y en otros de similar naturaleza —puedo hacer extensivo lo dicho a lo leído en la nota 20— siempre me planteo que si lo expuesto en notas es importante, debiera subirse al texto principal. Y si no lo es, excepción hecha de las informaciones puramente técnicas, por qué darle cabida ni en las notas ni en el cuerpo principal, aunque admito que a veces nuestro reseñado apunta en nota alguna crítica que resulta más endulzada al ir en ese texto secundario.

Estas microdiscrepancias no hacen sino poner de relieve el total de aciertos en el estudio que reseño. Y que tiene como mérito añadido, la brevedad. Al movernos en el periodo medieval cuando hablamos de *Celestina*, bien que esta suponga la despedida de ese periodo, me apropio de lo dicho por el ilustre medieval que fue el Arcipreste de Hita: «En pequeña jirgonça [jacinto] yaze grand resplandor; | en açúcar muy poco yaze mucho dulçor» (*LBA*, 1610 ab), aplicando el elogio al estudio que reseño. Le bastan a Carnero poco más que setenta páginas para hacer una aportación lúcida e inteligente, con sugerencias que, según indiqué, van más allá de lo explícito. Somos los lectores los que necesitamos o, al menos, disfrutaríamos con otras contribuciones de igual naturaleza, es decir, que contengan similar exhibición de agudeza interpretativa y de conocimientos sustentados en lecturas de textos coetáneos al estudiado y, como valor añadido, en análisis de pintura también de la época: me refiero a los cuadros ya nombrados, certeramente seleccionados y magníficamente reproducidos, con que se ilustra el uso socialmente exhibicionista de aves de cetrería por parte de tantos pudientes en la Edad Media.

Si esas deseadas entregas llegaran impresas en colección tan cuidada como la que acoge este estudio de Guillermo Carnero, a lo recibido y disfrutado por vía intelectual se sumará el gusto que proporcionan al tacto y a la vista las cuidadas y selectas publicaciones del Semyr.

Emilio de Miguel Martínez
Universidad de Salamanca